

contribuyó á la rápida celebridad de Byron. Disputábase la gente los ejemplares del poema y los retratos del autor. Los jóvenes quisieron vestir á lo Byron, y faltó poco para que se pusiese de moda el cojear.

El enigma de la personalidad representada en *Childe Harold* se reprodujo en *El Giaour*, en la *Desposada de Abydos*, en el *Corsario*, en *Lara*. La fama del poeta irradiaba en un cielo sin nubes; por desgracia, esto no duró sino dos ó tres años. Al comenzar el de mil ochocientos quince, Byron, para reparar el estado de su fortuna, se casó, cediendo á las instancias de sus amigos, con miss Milbank, mujer rica, prudente y afectuosa. El matrimonio, empero, no fué feliz. El marido, derrochador impenitente, contrajo tantas deudas que sólo su dignidad de par le libró de ir á la cárcel, y la mujer creyó tener motivos para estar celosa, y no le faltaron en verdad para quejarse de ser tratada de manera poco conveniente. Miss Milbank, sorprendida de las extrañas costumbres de lord Byron, llegó á imaginarse que estaba loco, y se disponía á soportar valerosamente su infortunio. La experiencia la sacó de su engaño, y entonces pidió el divorcio, no sin aconsejarse de personas respetables. La opinión pública se declaró contra lord Byron de modo enérgico é irresistible. La gente huía de él como de un apestado y le señalaba con el dedo. Devorada por un afán de escándalo realmente cínico, la sociedad manchó la gloria del joven poeta, arrojando á manos llenas lodo é inmundicia sobre su nombre, cual si quisiera desquitarse de la especie de culto que antes le tributara. Lord Byron tuvo que abandonar á su patria como un proscrito, y perseguido por la calumnia, que no le perdonó en su destierro, se estableció en Coligni, junto al lago de Ginebra, viviendo en el círculo de madama Staël y en la intimidad de la familia Shelley.

En este momento, enfrente de la desgracia profunda y real que le aqueja, recobran su imperio en Byron los instintos más nobles de su naturaleza. Europa, honrándole con su atención, le compensa suficientemente de la ingratitude de Inglaterra, y Goethe, alentándole con su aplauso, le indemniza de la crítica rencorosa de sus compatriotas. El espectáculo de las grandiosas bellezas alpestres es un bálsamo para su alma dolorida. Rotos los lazos conyugales, Byron quedó reducido, en esta época, á la compañía de su buen genio, su hermana Augusta, á quien manifestaba que si hubiese aprendido más pronto á huir de la gente sería mejor de lo que era; no se habrían despertado las pasiones que le torturaban; él no habría padecido ni ella habría llorado. Sus composiciones de estos días revelan la mayor tranquilidad y sosiego de su espíritu. En el tercer canto de *Childe Harold*, dice de su héroe que no es sino él mismo, que una digna austeridad ha reemplazado en su alma á sentimientos más ardientes, que la alegría ilumina alguna vez su semblante y que no se ha extinguido aún en su corazón la fuente de todo amor. Ni en *El Sitio de Corinto*, ni en *La Parisina* se encuentran las amargas salidas ni los desahogos personales que en sus escritos anteriores, y ni en *El Sueño*, ni en la *Lamentación del*

*Tasso*, ni aun en *El Prisionero de Chillon*, se observa ya el gusto exclusivo de las escenas atroces y crueles.

Mas las pasiones de Byron no estaban sino dormidas, y estallaron con más violencia que nunca cuando se detuvo largo tiempo en Venecia, después de hacer breves excursiones á otros puntos de Italia. Él mismo se horrorizaba más tarde de la licencia y desenfreno á que por entonces se entregara. De esos días de libertinaje datan, sin embargo, las obras más notables de Byron. Los héroes de los nuevos dramas llevan impreso, como los anteriores, el sello de la personalidad del autor, con todas sus contradicciones y todas sus angustias; pero su carácter es más espiritual y están concebidos de manera más profunda. Tal *Manfredo*, rival no vencido de *Fausto*, «terrible caos de luz y de tinieblas, de espíritu y de materia, de pasión y de pensamiento puro»; tal *Marino Faliero*, cuya única fuente de consuelos se emponzoñó con la destrucción de los dioses penates de su hogar; tales *Sardanápalo* y *Werner*, que se ignora qué es lo que son ni qué hubieran podido ser; tal, en fin, el *Deforme transformado*, que se vende al diablo á condición de ser hermoso como Aquiles. Hacia el mismo tiempo escribió Byron los primeros cantos del *don Juan*, calificado por alguien de «pasmosa saturnal del talento, del genio sin freno ni medida, de entusiasmo, de ironía, de trivialidad burlona, de exaltación».

La vena egoísta de Byron tenía su contrapeso en la simpatía universal con que su corazón y su alma estaban abiertos á los destinos de la humanidad. El despotismo triunfante le ofendía y exasperaba. Habiendo aprendido en Rousseau á amar la libertad, se rebelaba contra toda opresión, todo disimulo, toda hipocresía. Censuraba á Napoleón «haber borrado los derechos del hombre y entregado su nombre al capricho de los vientos», y reservaba su entusiasmo para los Franklin y los Washinton, comparándolos con los Aristides y los Leónidas, diciendo que se acercaban á la divinidad «por haber salvado pueblos y no destruido mundos». A sus ojos, «enjuagar una lágrima valía más que hacer correr mares de sangre». Calificaba de bandidos á los conquistadores, estimando oficio de *bravo* la profesión militar. Cuando, después de mil ochocientos quince, Inglaterra se convirtió en instrumento de la tiranía continental, Byron dió rienda suelta á su cólera contra Jorge IV y los *tories*; conspiró á favor de la libertad de Italia, é hizo blanco de sus sangrientas invectivas á la Santa Alianza, «trinidad terrestre, remedo de la divina, como el mono es remedo del hombre; unión piadosa, que quería fundir tres tontos en un solo Napoleón». Los oprimidos, los perseguidos, los emigrados sentían aliviarse su pena al escuchar los viriles acentos del gran poeta.

Escrito el misterio de *Cain*, que es, con *Don Juan*, la composición que mejor refleja el carácter de Byron y la índole de su poesía, pareció que el noble lord recobraba el dominio de sí mismo, quedando libre de sus agitaciones personales. Al menos, desde este instante se consagró en cuerpo y alma á la política. Vencida la revolución en Italia, quiso

marchar en seguida á Grecia; pero los ruegos de la condesa de Guicioli, su último y acaso más sincero amor, le detuvieron. No obstante, su inquieto espíritu no descansaba. En mil ochocientos veintidós se informó del estado de cosas en la América del Sud, dudando si ir á pelear por las libertades al otro lado del Atlántico. Después tornó á fijarse en Grecia. Esta vez la condesa no le contrarió: ¡le oía decir tan á menudo que el hombre está obligado á hacer por la sociedad algo más que versos! Antes de partir para la Península Helénica, escribió á su amigo Tomás Moore: «Si vivo aún diez años, veréis cómo no todo ha acabado en mí; no hablo de la literatura, que nada significa y que, por extraña que os parezca mi confesión, no creo que haya sido nunca mi vocación verdadera; pero si el tiempo y la fortuna lo permiten, ejecutaré algo que, como la *cosmogonía*, ocupará al mundo de los filósofos de todos los siglos. Dudo tan sólo de que mi constitución resista lo necesario.» El presentimiento que parecía tener de su próxima muerte no le engañó. Curado de sus ideas fantásticas, tendió los brazos á una causa desesperada; tomó las armas por el pueblo «que los reyes abandonaban cobardemente», y mostró un desinterés absoluto y un olvido completo de su persona, precisamente cuando un hombre vano y orgulloso habría convertido la acción que realizaba en motivo de ostentación. Su vida fué transfigurada por su trágico fin, que rodeó su frente de la aureola del martirio.

Los héroes de lord Byron se parecen unos á otros, porque en ellos se retrata el autor, tal como era ó, mejor dicho, tal como se imaginaba ó quería ser. Todos son altaneros, sarcásticos y sombríos; todos buscan el peligro, se sienten hastiados de la vida y desprecian á la humanidad. En los tipos de sus mujeres hay también frecuentes repeticiones. De aquí proviene el creer que el eximio poeta carecía de talento dramático. Esta afirmación es exagerada. Byron, sistemáticamente adorador é idealizador de sí propio, tenía, sin embargo, genio bastante para comprender y hacer vivir otros caracteres, como lo demuestran algunos muy notables que creó. En la manera de sentir y expresar la belleza, nadie ha superado quizás al autor del *don Juan*. Su poesía está reñida con lo feo y hermosa el mismo crimen. El Satanás de Milton conserva en el fondo del abismo su fisonomía de arcángel: como él, los héroes soberbios y siniestros de lord Byron parecen dioses caídos.

Otra cualidad del bardo inglés es no rastrear nunca por la superficie. Necesita ahondar ó elevarse. Su penetración, cuando sondea las profundidades del alma humana, es la del genio; su vuelo, cuando se remonta, es el del águila. Pintor inimitable de las crisis violentas y de las emociones extremas, es al par el cantor sublime de los grandes espectáculos de la naturaleza. Él no se embelesa, como otros poetas de su tiempo de que hemos hablado, contemplando el lago inmóvil, espejo del cielo, símbolo de pureza; pero, en cambio, la majestad del Océano le hace prorumpir en acentos de soberana inspiración. «¿Qué son, exclama, apostrofando al mar en el canto cuarto de *Childe Harold*, qué son

esos pesados Leviathanes de madera, esas formidables escuadras que reducen á escombros las ciudades, que espantan á los pueblos, que hacen temblar á los reyes en sus tronos? ¿Qué son esas fortalezas movibles de que los mortales, que las construyen, están tan orgullosos que se engrienen con los vanos títulos de *señores del mar y árbitros de la guerra*, qué son para tí sino simples juguetes? Las vemos fundirse como la blanca espuma, en las ondas amargas que aniquilan igualmente la orgullosa Armada y los restos de Trafalgar.... Mil flotas te cruzan sin que conserves las huellas de su paso. El hombre que cubre la tierra de ruinas, vé su poder detenerse en tus orillas.... Tus riberas son imperios; los pueblos pasan en ellas de la libertad á la servidumbre. Todo cambia; tú sólo no varías. El tiempo no imprime la menor arruga en tu azulada frente. Tal como te vió la aurora de la creación, así eres ahora.... Helado en los polos, hirviendo en la zona tórrida, eres siempre sublime y sin límites, imagen de la eternidad, trono de lo Invisible....»

En Byron hay dos hombres: el hombre de mundo, vano y frívolo, el *dandy*, el libertino fatuo y aristócrata; y el pensador de alma noble y dolorida, hastiado de los goces vulgares, ansioso de una verdad en qué creer, de una causa digna que abrazar, de un amor por qué morir. Sus obras revelan la misma complejidad. «Su talento, dice Eduardo Schuré, presenta tres fases muy distintas: la que mira al mundo moderno se llama *don Juan*; la que da á la historia y á la humanidad se denomina *Childe Harold*; la que se vuelve hacia el eterno problema del destino y del mundo invisible lleva el nombre de *Manfredo*».

Shelley, amigo de Byron, es otro poeta, casi desconocido hasta hace pocos años fuera de Inglaterra, pero cuya fama, que siempre tuvo en su país admiradores y devotos, amenaza eclipsar hoy la de su glorioso compatriota. «Taine le apellida «uno de los mayores poetas del siglo», y Macaulay había dicho mucho antes: «Es muy dudoso para nosotros que ningún poeta moderno haya poseído en tan alto grado como Shelley las cualidades más excelsas de los grandes maestros antiguos. Las palabras *bardo*, *inspiración*, que parecen tan frías y afectadas cuando las aplicamos á otros escritores modernos, son perfectamente exactas tratándose de Shelley; su poesía no parece obra de arte, sino de inspiración.» Entre Byron y Shelley existen substanciales diferencias: la frente del primero se corona de nubes, pero sus pies no abandonan la tierra; el segundo, por el contrario, desdeñando la forma humana del arte, se lanza de un vuelo fuera del dominio de la realidad, á la región de la más abstracta metafísica. Byron es excéptico; Shelley es ateo, mejor dicho, cree en un Dios y le aborrece: en su opinión, el mundo se ha engañado; figurándose ideificar el bien, ha entronizado á Satanás, á Ahrimanes. En el primer canto de la *Rebelión del Islam*, uno de los poemas de Shelley, la humanidad, representada por una mujer, en vez de aplastar con el talón la cabeza de la serpiente, la abriga en su seno y le cura las heridas. «En verdad, los reyes son monstruos, dice Shelley, y conviene matarlos; pero no debe olvidarse que su tiranía es sólo reflejo de la que se ejerce desde allá arriba,

la más detestable de todas, porque es el origen y la razón de las demás.» Y lo raro es que esta manera de pensar de Shelley proviene de su inquebrantable optimismo, de estar persuadido de la bondad nativa de la naturaleza humana, de haberse enamorado de un ideal absoluto de justicia, de derecho y de universal simpatía, de juzgar, en fin, que todos los males que afligen á la humanidad tienen su raíz en las instituciones humanas, así religiosas como sociales y políticas.

Grandes son los elogios, como hemos indicado, que los críticos modernos dedicaron á este poeta. «Nunca tal vez, escribe Craik, brotó del alma de un hombre torrente tan abundante, tan variado de rica poesía,» y de algunas de sus composiciones ha dicho el italiano Zanella, que son «lo más espiritual, lo más etéreo, lo más verdaderamente poético que puede salir de labio mortal.» Porque debe notarse que Shelley, apóstol del ateísmo, era profundamente idealista, tan idealista como Platón: por sus tendencias, por su pensamiento, es un poeta más bien alemán que inglés. En la poesía abstracta, en los arrobamientos del ensueño, en la expresión de sus sentimientos personales, sobrepuja á todos sus contemporáneos. Su *Prometeo* excede en valentía y audacia á las más atrevidas creaciones de Byron.

Shelley murió cuando sólo contaba veintinueve años. Le sorprendió una tempestad, en medio de una excursión marítima, y el yate en que iba se perdió en el golfo de la Spezia. Las olas arrojaron á la playa el cadáver del poeta. Byron, ayudado de Leigh Hunt, lo quemó solemnemente, según el rito antiguo. Sus cenizas, encerradas en una urna, fueron depositadas no lejos del famoso sepulcro de Cecilia Metela. A pesar de haber muerto tan joven, compuso gran cantidad de poesías, siendo de advertir que, con toda su abundancia y facilidad, fué un escritor sumamente cuidadoso de la forma, que atendía con el mayor escrúpulo al efecto de las palabras y de las sílabas y daba siempre el último toque á cuanto salía de su pluma.

Shelley no formó escuela: no así Wordsworth, Walter Scott y Byron, que en su patria, y los dos últimos en toda Europa, tuvieron sinnúmero de imitadores.

En los primeros años del pasado siglo, resonaba aún en la tribuna inglesa el acento de Pitt, de Sheridan, de Fox. Muertos éstos, recogió su herencia lord Brougham, orador elocuente y fiel imitador de los antiguos, que componía sus discursos según las reglas del tratado *De Oratore* y del *De Institutione Oratoria*; sin embargo de lo cual, sus peroraciones, á pesar del exceso de retórica que hay en ellas, pocas veces dejaron de producir el efecto apetecido. Debióse esta circunstancia á poseer lord Brougham la cualidad llamada por los romanos *gravitas*. La fuerza del defensor de la reina Carolina y de Leigh Hunt estribaba en el carácter, que ejercía su acción bajo el talento. La nobleza de sus sentimientos, su buen sentido apasionado, su amor á la libertad y á la justicia, llenaban las formas vacías de su retórica, prestando vida y animación á las pompas ficticias de su

estilo. Como dice un historiador de la literatura inglesa, «cuando su frase solemne, sobrecargada de incisos, de palabras expletivas, de fórmulas parlamentarias, después de haber oscilado pesadamente á modo de maza, caía al fin sobre su adversario, lo derribaba y aplastaba.»

Distinguióse también como orador el insigne Macaulay, poeta, crítico, filósofo, hombre de Estado, historiador. Todo era fácil á su talento y en todo descolló. Tenía el don de pensar hablando, que es en lo que consiste la elocuencia, según el mismo lord Brougham. Su improvisación, igual y rápida, admiraba á sus oyentes y causaba la desesperación de los *reporters*. Nunca su firme inteligencia se extraviaba en una deducción; nunca vacilaba su memoria al citar un hecho ó una fecha. Durante horas enteras, sin interrupción como sin esfuerzo, fluían de sus labios, cual de manantial inagotable, imágenes y pensamientos. Esta amplitud oratoria, realmente maravillosa, procede del orden en que de antemano están colocadas las ideas, de la claridad y del encadenamiento de las opiniones del orador, del vasto tesoro de conocimientos de que dispone, de su profundo estudio de los recursos del lenguaje y del gusto innato que le lleva á elegir la expresión adecuada entre todas las que flotan en su mente.

Sin embargo, el orador más grande en el período que historiamos, no ya de la Gran Bretaña, sino de toda Europa, es Daniel O'Connell, á quien ya conocen nuestros lectores. El noble irlandés no es *whig*, ni *tory*, ni radical á la manera de los ingleses: por eso los *whigs*, los *tories*, los radicales le profesan el odio inveterado, el soberbio desprecio del pueblo conquistador al conquistado, del señor al vasallo, del anglo-sajón al celta; mas ese odio y ese desprecio no le abaten, y en la Cámara de los Comunes, mirando de hito en hito á sus adversarios, les dice: «Jamás cometeré el crimen de desesperar de mi país, y hoy, al cabo de doscientos años de dolores, vedme aquí, en pie, en este recinto, repitiéndoos las mismas quejas, pidiéndoos la misma justicia que reclamaban nuestros padres; mas no con voz humilde y suplicante, sino con el sentimiento de mi fuerza y con la confianza de que Irlanda sabrá, de hoy en adelante, hacer sin vosotros lo que vosotros no hayáis querido hacer por ella..... Quiero para nosotros los mismos derechos que para vosotros, el mismo sistema municipal para Irlanda que para Inglaterra y Escocia. De otra suerte, ¿qué es una unión con vosotros? ¿Una unión escrita en los pergaminos? Pues bien, romperemos esos pergaminos y el imperio quedará dividido». Mas con ser rey de la tribuna parlamentaria, no es allí donde más brilla O'Connell, cuya prodigiosa elocuencia necesita, para mostrarse en toda su grandeza, el aire, el sol, la tierra de Irlanda. En presencia de su pueblo, pisando el suelo sagrado de la patria, O'Connell se agiganta; su palabra se lanza como un torrente, retumba como el trueno, centellea como el relámpago. Un inglés va á manifestarnos lo que era O'Connell en estas ocasiones. «Oí, dice, una vez al coloso. El aire libre le rodeaba; el cielo sin límites se extendía sobre su cabeza. A sus